

# Pintar la muerte:

## los RETRATOS DE EL FAYUM

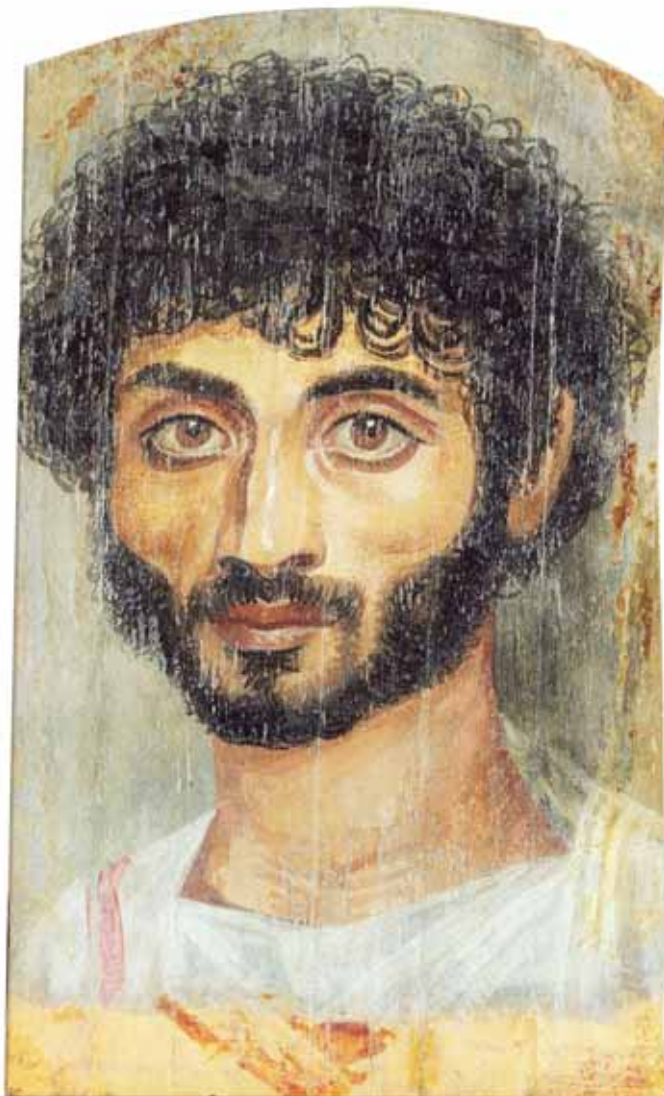


Ana Valtierra

**R**etratos de El Fayum es el nombre genérico con el que se conoce a un tipo de retrato con el que se cubría el rostro de algunas momias. Se realizaron cuando Egipto era provincia romana, lo cual produjo una curiosa fusión de tradiciones ancestrales de ambas zonas. Han aparecido en varios enclaves de Egipto, pero son más abundantes en la región egipcia de El Fayum, al sur del Delta del Nilo, a unos 80 kilómetros al oeste del río. Esto ha hecho que se les conozca a todos con el nombre genérico de “retratos de El Fayum”, refiriéndose más a un estilo que a una zona. En general, representan a una sola figura, masculina o femenina de frente o tres cuartos. Adornada y peinada según las costumbres de la época, son un relato clave para entender la sociedad del momento. Conservamos más de mil retratos, y sin embargo no conocemos ni un solo nombre de los pintores que los realizaron. Anónimos, transmitieron las inquietudes de una época cuyas incógnitas aún no hemos desvelado por completo.

El Fayum es un nombre parlante, que nos dice mucho de la tierra a la que se refiere. En antiguo egipcio y en copto quería decir “el lago” o “el mar”, en referencia al Birket Qarum, un lago que a día de hoy es una sombra de lo que fue en la antigüedad. Los griegos llamaron a este lago Moeris, y los antiguos egipcios lo llamaban “mer-wer” o “gran lago”. En época prehistórica era de agua dulce y tenía unos 1.500 km<sup>2</sup>; ahora no mide más que 202 km<sup>2</sup>. Está situado bajo el nivel del mar, y conectado al Nilo mediante un canal. Es una zona fértil, con ocupación muy antigua. Aquí se adoraba sobre todo a Sobek, el dios cocodrilo a quien la mitología egipcia atribuía el nacimiento del Nilo, que habría surgido de su propio sudor.

Las imágenes de cocodrilos proliferaban, por lo que los griegos llamaron a la ciudad “Cocodrilópolis”. Pietro della Valle encontró los dos primeros retratos funerarios en 1615. Era un explorador italiano, de familia noble, que viajó por Egipto y Oriente. Sin embargo, no causaron mucha impresión, o por lo menos no tanta como los ladrillos de escritura cuneiforme de Mesopotamia que trajo; o el gato persa, que parece que también introdujo él en occidente. Habrá que esperar unos siglos más, hasta que a partir



Retrato de hombre. 160-180 d. C.

de 1887 Theodor Graff comenzara a hacerse con una importante colección que seguramente provenían del actual Er-Rubayat o Kerka. El anticuario austriaco compró, hasta la fecha de su muerte, la nada desdeñable cifra de unos 350 retratos a un mercader en El Cairo. Parece que habían sido descubiertos por beduinos que buscaban sal, aunque seguramente fueron el botín de saqueadores de tumbas. Dada la repercusión que tuvo el hallazgo, Graff organizó una exposición itinerante por las grandes capitales: Munich, París, Londres, Bruselas e incluso Nueva York fueron testigos de estos difuntos que nos miraban de frente.

El gran avance en el conocimiento de estos retratos se la debemos a Flinders Petrie, quien estuvo excavando en Arsinoe y Hawara hasta principios del siglo XX. Encontró un gran número de tumbas intactas, las cuales estudió. Localizó incluso el enterramiento de un pintor, que contenía su propio cráneo y frascos de pintura. En este punto es necesario reivindicar

la figura de Hilda Petrie, egiptóloga que después de estudiar geología fue contratada por Flinders con tan sólo 25 años. Se casó con él, y trabajaron juntos durante toda su vida. Es decir, todos los descubrimientos que se realizaron desde el año 1896 son obra conjunta del matrimonio. Ambos excavaban, publicaban y daban conferencias para divulgar los resultados. Lo que sí sabemos es que son retratos para cubrir las momias. La momificación era un complejo ritual egipcio que intentaba impedir la putrefacción del cuerpo. Se hacía porque según la creencia egipcia era necesario para la vida en el más allá. Los retratos se hacen en su mayoría entre los siglos I y III, decayendo su producción a finales del siglo III, seguramente por la difusión del cristianismo.

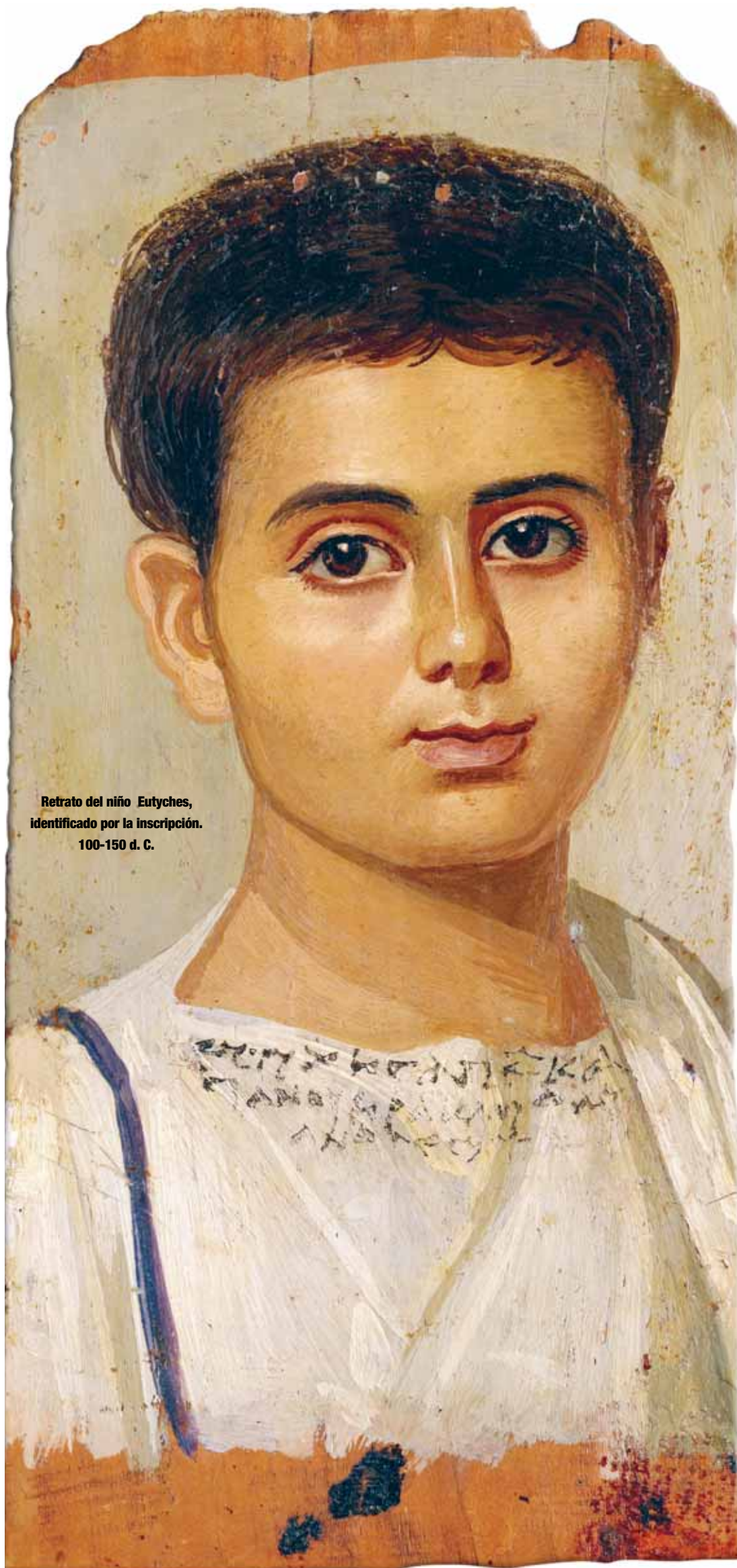
En estos años, la momificación era un proceso muy industrializado en el que los cuerpos no eran tratados con el mimo y cariño de épocas anteriores. A principios del siglo I d. C. comenzó a ser colocado sobre las momias un retrato pintado del difunto. Lo tradicional había sido una máscara funeraria, pero poco a poco fue cediendo terreno a esta nueva moda. Se pintaba sobre madera, muchas de ellas importadas. Destacan el roble, el cedro, el sicomoro y el ciprés. Sobre esta tabla se esparcía la imprimación o preparación a base de yeso que servía de soporte. Encima, muchas veces se realizaba un dibujo preparatorio. En cuanto a la técnica pictórica, se utilizaba el temple (pigmentos mezclados con alguna sustancia orgánica) o encáustica (pigmentos mezclados con cera). En ocasiones, las joyas y adornos del pelo se hacían con oro. El retrato se fijaba sobre el rostro del difunto, bien gracias a una red de vendas, o bien pegándolo con estuco.

Si el difunto llevaba sudario, se pintaba directamente sobre el lino. Lo curioso es que estas momias, con su retrato pintado encima, no eran enterradas de manera inmediata. Se conservaban durante varias generaciones en unas dependencias donde sus familiares les podían rendir homenaje tras su muerte. Lo más llamativo de estas pinturas son sus ojos. Sus pupilas marcadas se clavan en el espectador, llenando de vida el retrato. Es evidente que representan a personas en concreto, que mantienen su afán de perdurar en vida. Para los egipcios, la desaparición una vez muertos era algo inconcebible, y estos retratos son un nexo de unión con la vi-



Momia de una niña.





Retrato del niño Eutyches,  
identificado por la inscripción.  
100-150 d. C.

da. No sabemos quiénes eran. Por supuesto, la momificación es una tradición egipcia. Muchos tienen nombre griego, pero tampoco implica que lo fueran porque era una moda de la población autóctona traducir su nombre al griego. Incluso lo invocan mediante esta escritura para despedirse del difunto, no sabemos si los vivos del muerto, o el fallecido de los que se quedaban llorándole. Es el caso del sarcófago en cartón enriquecido con pan de oro datado en el siglo II, donde se nos escribe "Artemidoro adiós". Pero además van vestidos y peinados según la moda romana de manera tan clara, que es lo que sirvió a Petrie para dar una datación precisa de cada uno de ellos. Y que no aparecen de perfil, como era tradición en Egipto.

La realidad es que estamos en una zona donde convivían multitud de gentes de origen diverso: griegos, egipcios, romanos, sirios, judíos... Quizá ese precisamente fuera el éxito de esta fórmula durante unos 250 años. Sí que parece que los propietarios de estas momias eran gentes más o menos acomodadas, puesto que pagar una momificación requería ciertos ingresos. De hecho, no todas las momias excavadas en la zona tienen este retrato. A veces acompañando al nombre del difunto aparece otra palabra que nos da pistas sobre quiénes eran estos fallecidos. El caso más conocido es el de una mujer llamada Hermione "grammatiké". Petrie al descubrirla pensó erróneamente que era una profesora, y lo donó al Girton College de Cambridge, la primera residencia universitaria para mujeres de Gran Bretaña.

Una cuestión importante es si los retratos los pintaban mientras la persona estaba viva, o una vez había muerto. En origen se pensó que eran realizadas post mortem y puestas sobre la momia. Sin embargo, el análisis de las momias ha desvelado que la persona enterrada era mayor en edad que la pintada. Es decir, que seguramente los retratos se encargaban y pintaban en vida del difunto. Algunos de estos retratos presentan restos de marcos, que indican que pudieron estar colgados en la casa hasta el fallecimiento de la persona. Otros, denotan cómo en origen eran de mayor tamaño y se cortaron para ser adaptados a su nueva función funeraria. Pero en cambio hay otros retratos que están pintados directamente sobre el ataúd, por lo que sigue siendo un debate abierto.

Los retratos de El Fayum son una rica muestra de pintura de difuntos que todavía a día de hoy sigue planteándonos muchas incógnitas. Si bien es cierto que podemos reconocer en todos ellos unos rasgos comunes, hay muchas diferencias de estilo y calidad entre ellos. A día de hoy, falta todavía un estudio pormenorizado de los mismos que nos permita esclarecer su significado y uso ritual. Pero sobre todo que nos permita conocer algo más a estos pintores de muertos. O más exactamente, de estos artistas que consiguieron vivificar la muerte a través de sus obras, creando miradas que a día de hoy traspasan el alma de quien **las contempla.**

Ana Valtierra es profesora y doctora.  
Facultad de CCSS y Educación.